

Memorias íntimas

I Infancia.

Tendría yo tres años cuando por primera vez, - lo recuerdo perfectamente, - estando, no sé porque oculta en el rincón de una alcoba, me asaltó esta idea: "¿quién soy yo, de donde vengo y adonde voy?" La idea me hizo una impresión tan grande que aún me dura y no he podido todavía darme a mi misma una respuesta.

Otra vez, ya mas grande, estando una noche recostada sobre la varanda que daba sobre un patio de mi casa, - vi salir repentinamente detras de un laurel que allí habia, la luna, espléndida, redonda, clara y hermosa.

- reina

como jamás la había visto, - vino me
entonces al pensamiento (seguramente
algo había oído acerca de esto) de las
muchas generaciones que se habían su-
cedido en el mundo, las que como yo
habían visto esa misma lura para
morir después ~~después~~ de haber vivido.
Aquello me llenó de una grande me-
lancolía y sentándome en el suelo
lloré amargamente, porque no entendía
lo que era la inmortalidad, y el mis-
terio de la muerte me causaba inde-
cible impresión.

El padre era militar y amigo de las
letras y una de mis primeras impresio-
nes agradables era verle vestido con su
uniforme, así como me encantaba con
la vista del ejercicio que hacían los

soldados en la plaza de San Francisco en donde estaba sita la casa de mis padres.

El amor a los libros fué una de mis primeras pasiones y aunque no sabia leer recuerdo que estando enteramente pequeña me embobaba hojeando los libros, y pasaba las horas sin sentir las miradobas y manoseandolos.

En un cuadro llamado "Mi Madrina", - pinto con exactitud la casa y la persona que mas campo tiene en mis recuerdos infantiles.

Fenia apenas cuatro años cuando mis padres emprendieron viaje al Ecuador por tierra, en donde mi padre habia sido nombrado ministro. Me llevaron en una silita tapada co-

un cajón pero con una ventana al frente; cargábase un indio. Recuerdo que como me había criado sola, aquel aislamiento y soledad me era grata y no me fastidiaba nunca. Conversaba con los árboles, las piedras, las flores, los cerros, los animales que veía y hasta con mi carguero, - el que sin duda me decaía menos que la demás naturaleza salvaje. En resumen creo que aquel viaje contribuyó mucho á despertar en mí el espíritu de observación, que es una de mis pocas cualidades; y el continuo cambio de horizonte me divertía y entretenía muchísimo.

De la ciudad de Luito recuerdo algunos menudos pormenores, como de la calle en que vivimos, la azotea de

la casa, del Sr. Rocafuerte (el presidente) que jugaba con mi go, de un niño que había en la casa que aprendía las letras con dificultad, empapaba el libro en lágrimas, y á quien yo miraba desde lo alto de mi desprecio porque yo sabía deletrear. Tambien recuerdo con la mayor lucidez un negro serviente que le encontraron una noche quemando una puerta de un cuarto, en donde quería entrar a robar.

Al regreso, despues de algunos meses de permanencia en el Ecuador, recuerdo el rio Guayaquil, y despues cuando vi el mar por primera vez el que me pareció hermosisimo y habiendome llamado la atencion la

limpidez de las ondas, quise probar
de era agua, y aquel fue uno de mis
primeros desengaños: la amargura
de las aguas cristalinas del hermoso
mar, pues el hombre no puede enseñar-
se á que lo bello puede ser malo.

Ciertos puntos del río Dagua y sus sal-
vajes boyas cubiertos de escamas me han
quedado fotografiados en mi mente.

Después hay una gran laguna en mi me-
moría. Le hablé entonces del testamento del
General Santander á quien recuerdo haber vis-
to poco antes de morir una noche en casa
envuelto en una capa y tuve la idea de
hacer el mis. Esperaba á aprender á es-
cribir y con mucha dificultad hallé mo-
do de ocultarme para hacerlo en secre-
to y sigilosamente.

Una noche oí a mi madre tocando en el piano ciertos cantos populares de Huilo, - restos de la música triste y extraña de los indios antes de la Conquista. Aquello me causó una indecible melancolía - pues ya empezaba a ver con tristeza mi paradero, - recordé a Huilo y una quinta llamada Chillo en que habíamos pasado una temporada y oculta detrás del piano y entre las cortinas de una ventana lloré mucho.

Yo era una niña muy traviesa, amante de la agitación y el movimiento, pero no de las fiestas y la multitud. Como me gustaba subirme a los árboles y a los tejados, y me encantaban los libros confundía ambos placeres en uno: me subía a los árboles a leer.

Casi de las primeras impresiones de que recuerdo fue la primera vez que vi el teatro. Aquel espectáculo me encanto y aun recuerdo la pieza; pero mi salud era delicada y mi agitacion fue tal que me trastorne enteramente, y fueme preciso abandonarle antes de concluir la representacion y sin haber visto el fin, - cosa que me afligió mucho.

Una de mis mayores dichas era que me llevaran à casa del General Acvedo, amigo intimo de mi padre, - allí no habia niños, los que eran para mí un tormento; - habien dome criado siempre sola, y me disgustaban los juegos en que no estuviera yo tomada. Pasaba en aquella casa las horas à mi antojo: en los patios, el jardincillo y en unas cretileras de

pedra en que beuncaba. Algunas veces
pasaba los domingos en casa del Gene-
ral un estudiante caucano, bastante
mayor que yo, pero á quien agradecía
muchísimo que pegara con unigo
y me bajara del árbol flores de raque
y cogiera para mí rojos arrajanes del
arbolito que había en el patio ~~exterior~~,
para lo cual se subía por la parte ex-
terior de la varanda, lo que me pare-
cía un hecho heroico, pues yo, en me-
dio de mis travesuras, no me atrevía
á tanto. Este es un recuerdo tan vivo
en mi memoria que jamás ves arra-
janes sin acordarme del Teodoro Valen-
zuela de aquel tiempo. De una vez
diré lo que aquel joven ha sido en mi
vida, al travez de la cual ha pasado

solo como una sombra y solo ultimamente
le he tratado en realidad un poco.

Despues de aquella época no le vuelvo á
recordar y probablemente él ha olvidado
aquellas futilidades de la primera edad.

Habiendonos ido para Europa, poco despues,
(lo referiré mas alla) no volvi sino cuando
tenia diez y seis años á Bogotá. Un día
una amiga mia se llevó á su casa un
album de grabados que yo tenia (pues nun-
ca he gustado de que me escriban elogios
en albums que solo sirven para pedir li-
morna de alabanzas) - al cabo de algunos
días me lo devolvió, y yo encontré en una
pagina en blanco unos versos firmados
anonimo, dirigidos á mi, y aunque nada
significaban en realidad, el mismo mis-
terio de ocultar el nombre del autor me

llamo la atención, y mi amiga me con-
fio en secreto que eran de un joven can-
cano Feodoro Valenzuela, pero que él no
quería que yo supiese que los había es-
crito. Después de aquello me lo seña-
laron en la calle y no recuerdo si algu-
na vez le encontré en alguna casa a
mi amiga en aquella época.

Yo me volví a Guaduas en donde vivía y
pasaron años. oía hablar de él como jó-
ven de talento, de provenir ^{de} ~~de~~ pero no
le volví a ver en mucho tiempo. Durante
la revolución de Melo, sin embargo, esta-
ve asilada en un convento de Bogotá
con algunas otras señoras de la sociedad.
Todas llevamos nuestros novios comprome-
tidos en la revolución para echar aba-
jo los obrados con el mando, y aunque

sobresaltadas y afligidas, tratabamos de ocultar nuestros sentimientos. Un día vi que una de ellas lloraba amargamente derramando torrentes de lágrimas. Pregunté a otra por que se afligía tanto, me contestó que temía por la suerte de su novio que estaba ausente y que sin duda había tomado las armas. ¿Quién es él? pregunté - Federico Valenzuela me contestaron.

En el mismo año nos casamos casi todas las novias - y entre otras la afligida - Seguramente nos visitabamos y veíamos sin que yo recuerde haberle hablado a Valenzuela nunca - aunque después el arrayan me ponía de manifiesto la casa del General Acevedo y el estudiante caucano - pues nada está tazurráigado en mí como los recuerdos de la infancia - Pasaron años y esto hasta este

año de 75, con motivo de los aconteci-
mientos políticos es que he tenido oca-
sion de tratar a Valenzuela con al-
guna frecuencia, y le veo con gusto por
que me recuerda las horas mas felices
de mi vida: las de la infancia.

No sé si todos recordaran sus primeros
años con el recogimiento y ternura que
yo.

Siento que entonces germinaban en
embrión en mi espíritu todos los pen-
samientos, los entusiasmos, las melan-
colias, los pecares, las desiluciones, los
dolores del alma y las pocas alegrías
que he sentido despues. Mi infancia

explica mi vida; - fue un presentimiento de lo que sería después, - así la recuerdo casi con ~~el~~ respeto, como hacen los nobles con los pergaminos en que están escritas las genealogías de sus familias: ellos ven allí la cuna de sus antepasados, - yo veo la cuna de mis mejores pensamientos. Por eso las personas que vi, que traté y que pasaron por mi vida en aquellos tiempos, son para mí sagradas y nunca podré mirarlas con indiferencia.

Hay otra persona que encuentro á veces por la calle, la que probablemente mi me conoce, es Amalia Morquera, la que fue en mi niñez uno de aquellos afectos espontáneos y entusiastas que surgen en el corazón del niño enteramente sin causa aparente: misteriosas

simpatías que no toman nunca cuer-
po y que jamas maduranos, pero que
si nuestros espíritus estuvieran me-
nos materializados quizás comprende-
ríamos. Amalia era para mí en lin-
ces el tipo ideal de la señorita y me
esforzaba con la imaginación en figu-
rarme á mí misma grande y hacen-
do en la sociedad el papel que yo pen-
saba que ella haría. Así fue con la
mayor pena que yo supe que se casa-
ba con el Sr. Fluran, - un hombre exe-
lente, amigo de mi padre, pero ya en-
trado en edad y que todo podría ser
menos el tipo romántico que yo ha-
bría ideado para el esposo de la que
yo creía un ser casi perfecto físico y
moralmente.

Por aquel tiempo murió en la costa un joven hijo de una señora vieja con quien mi familia tenía amistad, - cosa que me impresionó mucho - lo que he referido exactamente en un cuadrito llamado Federico

Otro recuerdo de mi primera infancia: Carolina Ebers. Vivía en la plaza de San Francisco, a corta distancia de mi casa. Recuerdo que yo admiraba secretamente sus proverbios locos, - sus paseos a caballo vestida de hombre y su completa independencia. Era para mí objeto de escañudo y de admiración. Yo era loca pero no independiente, gustaba de travesuras pero a solas, - y si me subía a los árboles y al tejado en el interior de mi casa, - jamás hubiera hecho lo que ella:

vestirme de hombre y subirme a la
varanda del balcon exterior y an-
dar a caballo en un caballito segui-
da de los chinos que se les ocurría
escortarla. Repentinamente Carole-
na desaparece de mi memoria: su
madre habia muerto y ella habia
tenido que ir a vivir con una paren-
ta lejana. A mi vuelta de Europa
la encontré ya senorita y reina
de las fiestas a que asistia, en tan-
to que yo era todavia una niña
reservada y poco comunicativa. Co-
mo sucede siempre Carolina me
encanto y durante un paseo que
hize con ella a la quinta de Fucha-
de su tia, me cautivo tanto que a
mi regreso pensaba en ella con tanta

ternura y admiracion como lo hubiera
hecho un enamorado. Recuerdo que el
libro que leia en aquellos libros se po-
blaba de tal manera con su recuerdo
que aun hoy cuando lo veo está en-
lazarado con Carolina. Despues de a-
quel dia las circunstancias de la
vida nos separaron completamente
y se pararon más de veinte años
sin volverse á hablar, - ultimamente,
con motivo de las circunstancias po-
liticas la he vuelto a ver algunas
veces y en mi mente ves renacer á
las Carolinas de otras épocas como
personas diferentes que alguna in-
fluencia deben de haber ejercido en
la vida de mi espíritu infantil.